

Hispania:



A. H. Riquelme 1899



J. MIR.—EL ABUELO



EL BUZO DE LA MUERTE

Parece que aun la vea, aquella Sala de Profesores de la Facultad de Medicina. Recibía luz y saludable oréo por un ancho ventanal abierto al Norte, semejante á un gran paisaje colgado en lo más alto del muro para no estorbar la colocación de los muebles de aquel lado. El ventanal daba á un patio medianamente angosto, inasequible á la vista desde dentro, cerrado por un gran paredón, en el cual la brocha pecadora de un pintamonas pretencioso había representado un jardín tropical de flora caótica, anegada en un verde sucio, húmedo, indiferente al espléndido cielo azul que remataba por arriba la obra del anónimo ornamentador y crecía inacabable hasta el tejado. Aun cuando se cerrasen las vidrieras, la luz llegaba á la Sala de Profesores reflejada por el colosal mamarracho y alteraba allí la tonalidad de las tintas.

Era á fines de Abril, cerca del mediodía; se estaba formando una tormenta, y el carreteo confuso de truenos abortados daba á entender que no llegaría la tarde sin traer un aguacero intempestivo. Tocando á los quiciales de la puerta dos cuerpos de librería puestos de riguroso luto y repletos de libros encarnados ocupan la testera, las otras tres paredes dan apoyo á largos escaños rojos, de ese terciopelo de Utrecht barato, sin el cual no se comprendería ningún salón en los establecimientos oficiales. El tapicero creyó deber suyo poner también en las paredes un papel granate que casi pudo haberse ahorrado, porque los cuadros se tocan. Son estos lo retratos al óleo de todos los decanos que ha tenido la Facultad en los dos últimos si-

glos; mas el cuadro del centro, frente á la ventana, es una mesa revuelta artísticamente combinada con fotografías de todos los señores que en la actualidad desempeñan cátedra en aquel celeberrimo palacio docente. Los señores al óleo están muy graves, unos con peluca, otros con colete, los más con el cráneo desnudo y reluciente, y todos miran á la gran mesa central, quien con ceño, quien con asombro, como si nunca la hubiesen visto en aquel sitio.

El día á que nos referimos, la mirada convergente de todos aquellos sabios pretéritos era motivada, porque no se veían encima de la mesa libros, revistas, escribanías y sombreros de copa como de costumbre. ¿Qué iba á pasar allí? La mesa estaba cubierta con un colchón. ¡Cosa más rara!

Iban entrando los maestros uno tras otro y voceaban desde la puerta un « buenos días, señores » que iba para todos y para nadie, porque allí, como en los cabildos, hay compañeros que se saludan, pero no se hablan.

Iban, pues, ocupando los escaños en este ó en aquel paraje, según secretas afinidades, y en uno de ellos el buen D. Antonio departía con Tellez el fisiólogo, y la conversación parecía interesar á todos. D. Antonio era el Decano, hombre amabilísimo, modesto, de complexión blanda y rostro sonrosado puesto entre dos patillas de armiño. El Dr. Tellez era un joven moreno, de frente despejada y barba semítica, dotado de una mirada penetrante y ansiosa, que salía al mundo pasando por unas muy pulcras gafas de oro.

— La Facultad es pobre, Conradito,—decía el Decano al fisiólogo — pero no he querido..., es decir, he tenido la persuasión de interpretar los deseos de todos ustedes ¿ estamos? la persuasión de que ustedes verían con gusto este caso portentoso.

— Usted es la discreción personificada, señor Decano. La Facultad agradece; es decir, creo interpretar el pensamiento de mis compañeros al decir que la Facultad agradece y estima esta prueba de deferencia.

— Por de contado. Exactísimo.— dijeron varias voces.

— Gracias, doctor Peña. Gracias, señores.

El Dr. Peña era Profesor Clínico; muchacho listo y



marrullero, escéptico hasta el tuétano, con grandes alienos, personilla menuda y un ojo médico como una barrena de fino temple.

— Señores,—iba diciendo el buen D. Antonio—he creído que podíamos gastar doscientas pesetas en este caso.

— ¿Cómo? ¿Sólo doscientas pesetas? — exclamó Tellez enarcando las cejas.

— Parece mentira lo que puede inventar un gandul para ganarse cuarenta duros, — dijo Peña.

— Pero ¿á qué hora viene ese condenado Portoni?

— Á las once y media; no puede tardar ya — dijo el Decano; á no ser que la lluvia le detenga, añadió mirando al ventanal.

Todos volvieron la cabeza hacia el paredón de enfrente.

— Bermudez ¿ me hace V. el favor de tocar el timbre?

El interpelado oprimió el botón: entró el bedel, gorra en mano.

— Canencia, estoy desde las siete con el mísero cho-

colate. Traígame un poco de Jerez y unos bizcochitos.

En esto, una hermana de la Caridad, joven y linda, llegó con una sábana y un cabezal y acomodó ambas cosas sobre el colchón con mañosa y simpática presteza: su toca immaculada parecía una paloma aleteando en torno de un altar enigmático. Cuando Canencia entraba, Sor María le tomó la bandeja y ofreció el refrigerio al anciano, quedándose en pie con un aire tan natural como respetuoso.

Don Antonio tomó la copa en la mano izquierda, la llevó hasta la altura del pecho y con un bizcocho en la diestra, dijo á la monja:

— Sor María, hoy tendremos aquí al célebre Portoni.

— ¿Es ayunador, D. Antonio?

— No es ayunador; es un portento.

Mojó el bizcocho, fué con la boca adelante en demanda de la reblandecida y escurridiza sopa, y con ella entre los dientes añadió:

— Es un hombre que hace con el corazón lo que usted haría con un dedo.

— Sor María, interrumpió Peñita, el corazón de Portoni es indigno de ser comparado con el dedo meñique de usted, dicho sea con perdón de Don Antonio.

— Deje V. en paz mis dedos — replicó la monja con dulzura.

— Dios los bendiga — añadió el Decano.— Pues Portoni, cuando él quiere, suspende el latido de su corazón y se queda como muerto. Lo hace andar ó lo mantiene quieto á su capricho.

— ¡Jesús! Esos experimentos son terribles—exclamó la hermana.— Pero yo me estoy aquí charlando y hago falta en la enfermería.

Y se fué con la bandeja. Peñita la siguió con la vista hasta la puerta.

La conversación iba generalizándose entre los doctores. Bermudez aseguraba que el caso de Portoni era único en la ciencia. El movimiento del corazón no puede ni debe estar sometido á la voluntad y era inconcebible un hecho de esta índole dentro de la precisión admirable y de la riqueza del aparato nervioso del centro circulatorio, á menos de que se admitiese que Portoni era un enfermo. Bermudez abogaba por la hipótesis de una lesión en el nervio sensitivo. Tellez discutía con calor: él había visto un hombre que podía contraer ó dilatar sus pupilas en cualquier momento á su antojo, y el caso era el mismo *mutatis mutandis*; únicamente variaba la localización del fenómeno. Disputaron mucho y no llegaron á entenderse.

— Estoy seguro—decía Bermudez—que en la autopsia encontraríamos la lesión; para mí no tiene vuelta de hoja.

Tellez aseguraba que en la autopsia no se hallaría nada.

Portoni era entonces hombre de actualidad. Ni Tanner, ni Succi, ni otros compatriotas suyos taumaturgos, habían logrado causar en los centros científicos la impresión que él, sencillamente, reservaba á la investigadora curiosidad de los sabios por unas pocas liras. Dos años llevaba de peregrinación por todas las capitales de Europa. Las Revistas científicas y la vocinglera prensa diaria se ocuparon repetidas veces de aquel sujeto maravilloso, que sabía simular la muerte ante médicos avezados al análisis de los signos de defunción y que, después de llevar á su ánimo el convencimiento de que real y efectivamente había fallecido, con la habilidad de un juglar siniestro volvía á

la vida desde las profundidades del otro mundo y, con sonrisa de triunfo, alargaba la mano para recibir las doscientas liras. Era el colmo de la gracia para pedir.

Traía Portoni un álbum lleno de testimonios con las firmas más brillantes del mundo médico. En Londres, Sir Audreu Clark escribió de su puño y letra en el álbum dos líneas para comparar á Portoni « con el ave fénix y con el divino Orfeo, el explorador de las tinieblas. » Ferrier, el gran fisiólogo, le recomendaba á la admiración de los estudiosos. En Francia, daban testimonio de su atroz anomalía Charcot el inmortal, y Brown-Sequard el ingenioso; Potain y Dieulafoy obtuvieron de Portoni una sesión excepcional. Kunze en Heidelberg, Virchow en Berlín, Seminola en Nápoles, se dignaron certificar que Portoni era un semidios, puesto que tenía por hábito morirse todos los días, ó lo que es igual, disfrutaba el privilegio de ser refractario á la muerte.

Las condiciones que imponía Portoni eran siempre las mismas: que la muerte no había de durar más de tres minutos; que se pondría enteramente desnudo; que antes de morir se sería reconocido, para demostrar que no padecía enfermedad alguna; que nadie tendría derecho á pincharle, golpearle ó lastimar sus carnes de otro modo, mientras durase la muerte aparente, y que los experimentadores se abstendrían en absoluto de tratar de reanimarle con los auxilios del arte, porque alguna vez había sucedido que, alarmados los médicos por la verdad del cuadro fingido, se apresuraban á volverle á la vida y esto le producía tal sacudimiento nervioso que luego estaba enfermo dos semanas. Él no necesitaba á nadie para resucitarse: tenía mucha práctica en esta materia.

* * *

Canencia entró, gorra en mano, á eso de las doce y anunció á Portoni. Todo el mundo se puso en pie y miró hacia la puerta.

Il Signor Andrea Portoni no tenía el aspecto de un tenor de cartel: Peñita se lo había figurado como un vendedor de santos de yeso, pero algo mejor vestido. El excéntrico personaje era un gomoso, un tipo rubio, de bigote fino muy violentado por las tenacillas; un joven elegantísimo, alto, de modales desahogados, que calzaba guante canela, trascendía á piel de España y hubiera sido de muy buen efecto en un escaparate. Á Peñita le fué antipático.

Respondió el toscano con amabilidad á un diluvio de preguntas, informóse de si estaba dispuesta la cama, palpó la almohada, rehusó un cigarrillo que se le ofrecía y pidió la venia del Decano para comenzar el experimento.

Rodeábanle los Profesores en actitud curiosa y deferente y él procedió á la operación de desnudarse, que no fué larga. Cuando hubo tirado del segundo calcetín, echóse á reír alegremente y, golpeándose los pectorales, se puso en pie sobre la alfombra diciendo como invitación:

— *Eccomi, Signori.*

Por un instante todos quedaron suspensos. El desnudo masculino nos es tan poco familiar en su aspecto de hermosura y de salud, que hasta aquellos doctores, habituados á la anatomía y á la desnudez, gustaron de recorrer con la mirada el mármol vivo, sobrio de musculatura, erguido de dorso, flexible y armonioso; aquella piel fina y blanca, casi lampiña, que pasaba como un guante sobre

los intersticios musculares, lustrosa en los hombros, sonrosada en las mejillas, dejando transparentar acá y acullá el suave matiz azulado de las venas. Tellez estuvo pensando que él nunca hubiese sospechado que tan rica escultura cupiese dentro del traje amanerado de un lechuguino. Mentira parecía que aquel hermoso cuerpo fuese á transformarse dentro de un minuto en un cadáver.

Sin dejar de sonreír, Portoni miró hacia el ventanal; por allí entraba una luz entre gris y verdosa; el carreteo de trueno lejano distraía la mente y dentro de la sala roja flotaba un ambiente cárdeno.

Muchas manos cayeron sobre el pecho y la espalda del desnudo, palpando y percutiendo con un ojo en cada dedo. Después, media docena de estetóscopos se pegaban á las carnes del toscano; con los largos tubos de goma y la seriedad de los actores aquello parecía una escena del mesmerismo antiguo ó una audición fonográfica en barra-ca de feria.

Cuando Portoni se aproximó á la cama, no podía ser contemplado sin emoción profunda. Antes de tenderse á lo largo, se quedó un instante apoyado sobre el codo, con la pierna izquierda encogida, como el Ilisto del Partenón, y la sonrisa se desvaneció en sus labios. Miraba hacia la vidriera como si tuviese delante de sí el insondable, el infinito enigma de la vida; miraba sin pestañear, petrificado en una actitud inolvidable. Oyósele decir con voz débil:

— *Madona! Qual tetra luce!*

Luego se pasó la mano por la frente, se atusó el bigote y, volviendo á sonreír, dijo en italiano con mucho donaire:

— Vaya, señores; procuren no perder el tiempo y estén alerta. Voy á morir.

Súbitamente reinó un silencio sepulcral. Los decanos pintados miraban á una, quien con ceño, quien con asombro, y en sus venerables cabezas vibraba un destello de vida y en sus labios parecía pugnar por salir una palabra amordazada. En derredor del lecho los negros bustos de los catedráticos, quietos y solemnes, alineaban sus testas inteligentes con la emoción expectante é intensa de nigromantes que asisten á un conjuro. El rostro de Portoni expresó con un fruncimiento de cejas, con la inercia del resto de la cara, la mirada fija en el techo y la boca entreabierta, un esfuerzo supremo de voluntad. Pocos segundos más tarde, aquel rostro se descompuso, tomó la blancura del papel y una oleada de palidez recorrió todo el cuerpo como un escalofrío. Los ojos seguían abiertos, pero fijos, vidriosos, cercados de sombra; la nariz se puso afilada y polvorienta, los labios exangües, la mandíbula caía; el cuerpo se enfriaba.

Un zumbido medroso de comentarios empezó á surgir del silencio. Cuando el corazón de Portoni cesó de latir, los de los Maestros se echaron á galopar por su cuenta. Aquellos hombres tenían todos familiaridad con la muerte; la conocían antes de verla, la comprendían viéndola y podían reconstruirla cuando se presentaba antes que ellos en una morada; aquellos hombres tuvieron idéntica impresión:

— Ese infeliz está muerto.

Hubo un instante de ansiedad horrible. Las manos y los estetóscopos se pasaron á una sobre el cadáver, y los Maestros, al mirarse unos á otros, veían su propia idea refleja-

da en el semblante de los demás, en el azoramiento de los ojos, en el fruncimiento de los labios. La Facultad estaba tan pálida como el difunto. Creció el murmullo, desatáronse las lenguas y hablaron todos á un tiempo; pero nadie escuchaba á nadie. Los relojes proseguían su faena indiferente. Peñita anunció:

— Señores, minuto y medio.

El Dr. Tellez fué el primero en recobrarse y rompió á reír.

— Caballeros, dijo, en mi vida he visto cosa igual. Esto es increíble, es divino. Un pisaverde que se gana la vida muriéndose es ejemplo enteramente nuevo. Estoy profun-

damente agradecido á los Profesores extranjeros que han recomendado este caso. Dentro de un minuto le veremos resucitar y pedir la propina.

— Á punto están los dos billetes, — dijo D. Antonio, que era hombre de orden.

Todos los semblantes se mudaron, radiantes de admiración, coloreados por el entusiasmo. Las lenguas se movían solas.

— ¡Magnífico! ¡Superior! ¡Bien por Portoni!

Los Maestros hablaban entre sí con calor. Casi nadie miraba al muerto.



Peñita, viendo que le dejaban el caso todo para él, le tocó las córneas, le puso la tapa del reloj ante la boca, le auscultó con suma atención y luego hizo con el brazo un ademán para reclamar silencio.

— Señores, dijo con entereza; pido humildemente perdón á los sabios extranjeros, pero juro y perjuro que este hombre está muerto en toda regla y que no resucitará hasta que lo haga con nosotros en el valle de Josafat.

Bermudez añadió:

— Ya han pasado los tres minutos.

Todas las miradas se volvieron ansiosas hacia Portoni; de segundo en segundo los corazones volvían á galopar y los rostros á palidecer y las lenguas á paralizarse. En el aire pesado en medio de la luz cárdena, flotaba un malesstar siniestro.

Pasaron dos minutos, tres, cuatro.

Don Antonio gritó imperativamente en medio del silencio.

— Este hombre se nos muere. Venga el nitrito.

Varios profesores corrieron á buscar lo necesario, mientras Tellez y Peñita practicaban la respiración artificial. Momentos después, todo el protomedicato se descrismaba para resucitar al italiano. Inyecciones de éter, de trinitrina, tracciones rítmicas de la lengua, flajelación... todo fué inútil. Peñita tenía buen olfato.

Movido por la consternación de sus colegas, Bermudez opinó que el italiano tenía algo en el plexo cardíaco y que si no se hubiese muerto entonces lo hubiese hecho también de repente á la hora menos pensada. Tellez no lo quiso sufrir y empezó una objeción, pero el gran Bermudez le cortó la palabra en esta forma:

— Amigo Tellez, mañana á las dos espero á usted en la Sala de autopsias.

Y señaló con el índice el cadáver.

MANUEL LASSALA.

Ilustraciones de A. MAS Y FONDEVILA



PLATOS

HISPANO-MAHOMETANOS

del

Museo Arqueológico Nacional

Quizá no haya otro punto más oscuro en la Arqueología española que el de las lozas que mayor antigüedad cuentan entre las del país. Los tratadistas, tanto nacionales como extranjeros, nada concreto han podido decir acerca de la historia de esa peregrina industria, cuyos productos tanta estimación merecen de los coleccionistas y tan alto precio alcanzaron en el comercio de antigüedades. Hasta las denominaciones con que ha querido designarse y se designa corrientemente esta cerámica, pecan de vagas y de inexactas. Como los primeros

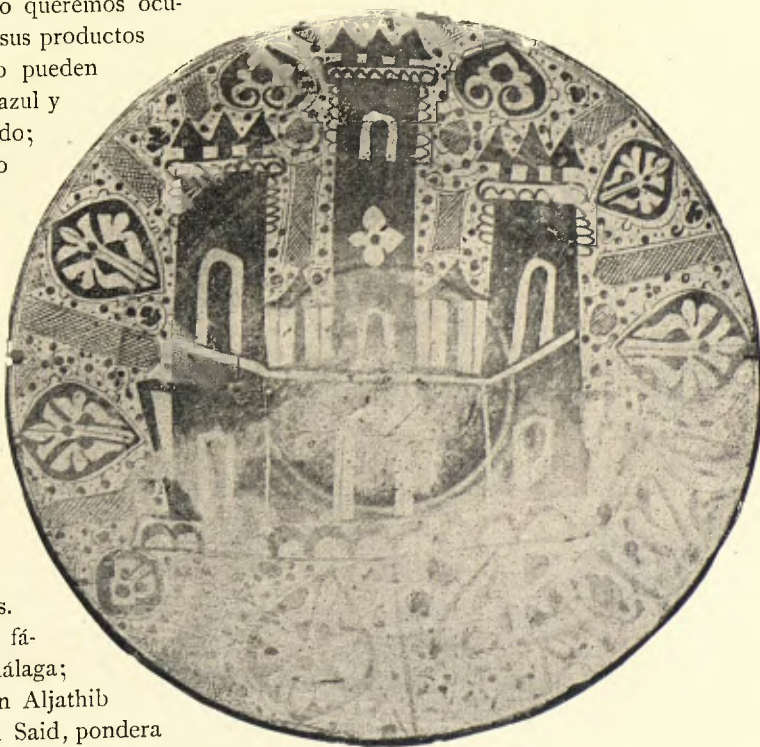
que se preocuparon de clasificarla fueron los extranjeros, denomináronla *hispano-árabe*, para diferenciar los productos de la misma de los de la italiana, con los cuales andaban confundidos en las

colecciones inglesas y francesas. El barón Davillier, fundándose en que árabes asiáticos solo lo fueron los primeros sectarios de Mahoma que invadieron la Península, corrigió aquel calificativo, escribiendo el de *hispano-morisca*, término hoy usual fuera de España. Aquí, con criterio más amplio y más exacto, se llama á esa loza *hispano-mahometana*, *mudéjar* y *morisca*, según que se trate de productos de los moros independientes, de los sometidos ó mudéjares, ó de los que después de la conquista de Granada continuaron en el país practicando sus industrias. Pero esta nomenclatura, acomodada en cierto modo á las diferencias artísticas é industriales que se advierten entre las lozas de esos tres orígenes, por el que tienen comun los artifices que las fabricaron, y en general esas mismas tradiciones artísticas é industriales, puede y debe reducirse á un solo término, *hispano-mahometana*, aplicable, tanto á los productos imitados como á los genuinos, comprendiendo en aquellos los de las manufacturas que continuaron en actividad desde que fueron expulsados los moriscos hasta nuestros días, pues tanto ha durado el recuerdo.

Más de tres son por cierto los géneros distintos, y para hablar más propiamente los estilos, de esa cerámica; pero pueden reducirse esencialmente á tres clases de productos: azulejos, platos y vasos diversos de loza y barro. Del segundo grupo queremos ocuparnos aquí, y especialmente de los platos, por ser sus productos más típicos. Sus variedades son muchas, pero acaso pueden reducirse á las siguientes: con labores de colores azul y violeta sobre fondo blanco; con labores azul y melado; con labores de reflejo dorado; con labores de reflejo cobrizo; con figuras y flores de colores azul, ocre, verde y violeta sobre fondo blanco. El fondo blanco es general á todos, por ser el blanco de estaño el primer baño que sufría esta loza.

Precisar cuales fueron los centros de fabricación á que corresponden esas variedades, es precisamente el problema más difícil de esta materia. Como de los tales platos solo han llegado hasta nosotros los que por casualidad se han conservado, y que seguramente fueron llevados de unos puntos á otros, la atribución geográfica se dificulta mucho. Por toda España se hallan. No son suficientes para el esclarecimiento de la cuestión las noticias de los escritores árabes.

Ben Batutah (viajero del siglo xiv) habla de las fábricas de porcelana ó loza *dorada* que halló en Málaga; también se ocupa de ellas y de su exportación Ben Aljathib (de igual época); Almacari, por referencia de Ben Said, pondera

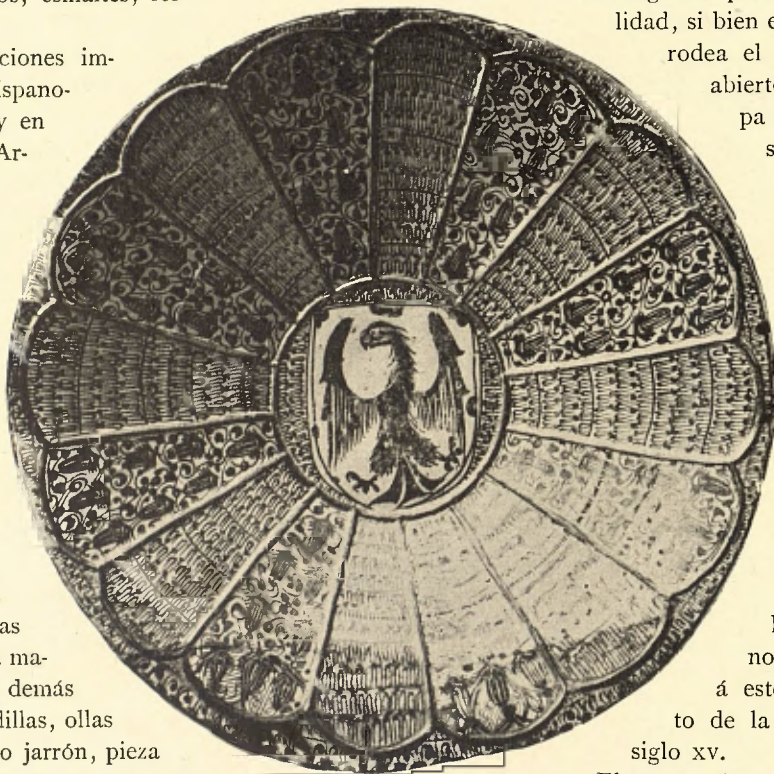


las porcelanas doradas de Almería y de Murcia. Por otra parte, de la persistencia de la fabricación de lozas con reflejo cobrizo, en tierra valenciana da buena cuenta la moderna producción de Manises. La etimología que los ceramógrafos quieren dar á la voz Mayolica — de Majorica, Mallorca — suponiendo que de esta isla pasó á Italia el secreto industrial del reflejo metálico, solo prueba que en las Baleares, como en la costa oriental y en las comarcas del mediodía de España se practicaba aquella industria. Por consiguiente hay que contentarse, á lo menos por hoy, con diferenciar dichos productos por sus diversos estilos, esmaltes, formas, etc.

Tres son las colecciones importantes de platos hispano-mahometanos que hay en Madrid: la del Museo Arqueológico Nacional, la del señor Conde de Valencia de Don Juan y la del señor D. Guillermo de Osma. (*) Á ellas deberán añadirse la del *South Kensington Museum* de Londres y las de los Museos del *Louvre* y de *Cluny* en París. La del Museo de Madrid consta de más de trescientas piezas de las cuales la mayoría son platos, y lo demás tarros de botica, escudillas, ollas ú orzas y un magnífico jarrón, pieza monumental y rarísima.

De los platos ofrecemos la reproducción de tres ejemplares de los más importantes. Uno de ellos, con ornamentación azul y violeta, es de suelo plano y borde

(*) Importantes colecciones de estos platos existen asimismo en Barcelona, donde son generalmente considerados como producto genuino y característico de la industria del antiguo reino de Aragón, y en especial de Valencia, pues, aunque de origen morisco y con reminiscencias de aquel estilo ornamental, nuestros pasados le imprimieron fuertemente el gusto ojival dominante en el país. Acerca de la técnica y los procedimientos industriales propios de estas lozas, ha hecho recientemente importantes revelaciones desde la cátedra del Ateneo Barcelonés, D. Luis Doménech y Montaner, basándose en el estudio de fragmentos cerámicos en distintos estados de elaboración, descubiertos en unas excavaciones practicadas en Manises, centro antiquísimo de tal fabricación. Como colección importantísima entre las de Barcelona, basta citar la de Prats y Rodés en la que abundan los ejemplares de estos platos, con muchas variantes de motivos ornamentales, de colores y de reflejos metálicos. N. DE LA D.



plano también. El campo de aquel, dividido por dos radios en cuatro partes iguales, ofrece en ellas motivos contrapuestos, bien característicos del estilo granadino, trazado con colores azul y blanco. Como en los jarrones y demás piezas de arte puramente mahometano, hay en este plato dos clases de motivos ornamentales, unos, que son los más importantes trazados con pincel grueso, y otros que cubren el campo, menudos. Estos son aquí de color violado. Este plato puede considerarse quizá como producto de alguna fábrica malagueña y su fecha debe ser el siglo xiv.

El segundo plato no es plano en totalidad, si bien el borde y la zona que rodea el fondo están bastante abiertos. Su decoración ocupa por entero el conjunto sin diferencia de planos; es de esmalte de reflejo dorado, de precioso matiz, sobre fondo blanco perlino, y consiste dicha decoración en la figura heráldica del reino de Castilla sobre un fondo de adorno árabe. En el revés campea el águila de San Juan, que caracteriza á los productos valencianos. Puede considerarse á este plato como producto de la industria mudéjar del siglo xv.

El tercer plato es más hondo, de los llamados de cordoncillo por los filetes resaltados que dividen en muchos compartimientos su inclinado borde. Su adorno, de reflejo cobrizo, es de labor menuda, que forma dos motivos, los cuales alternan en dichos compartimientos, y en el centro ostenta el escudo de Valencia, con el águila. Su estilo es también mudéjar, del siglo xv.

JOSÉ RAMÓN MÉLIDA



En Calcutta. — Indios bañándose en el río Hougly

LA INDIA INGLESA EN FOTOGRAFÍA

Paquete de cartas y fotografías de un tal Luis
violadas por un cartero de Barcelona y encontradas casualmente en la calle

POR

ANTONIO CORTÓN

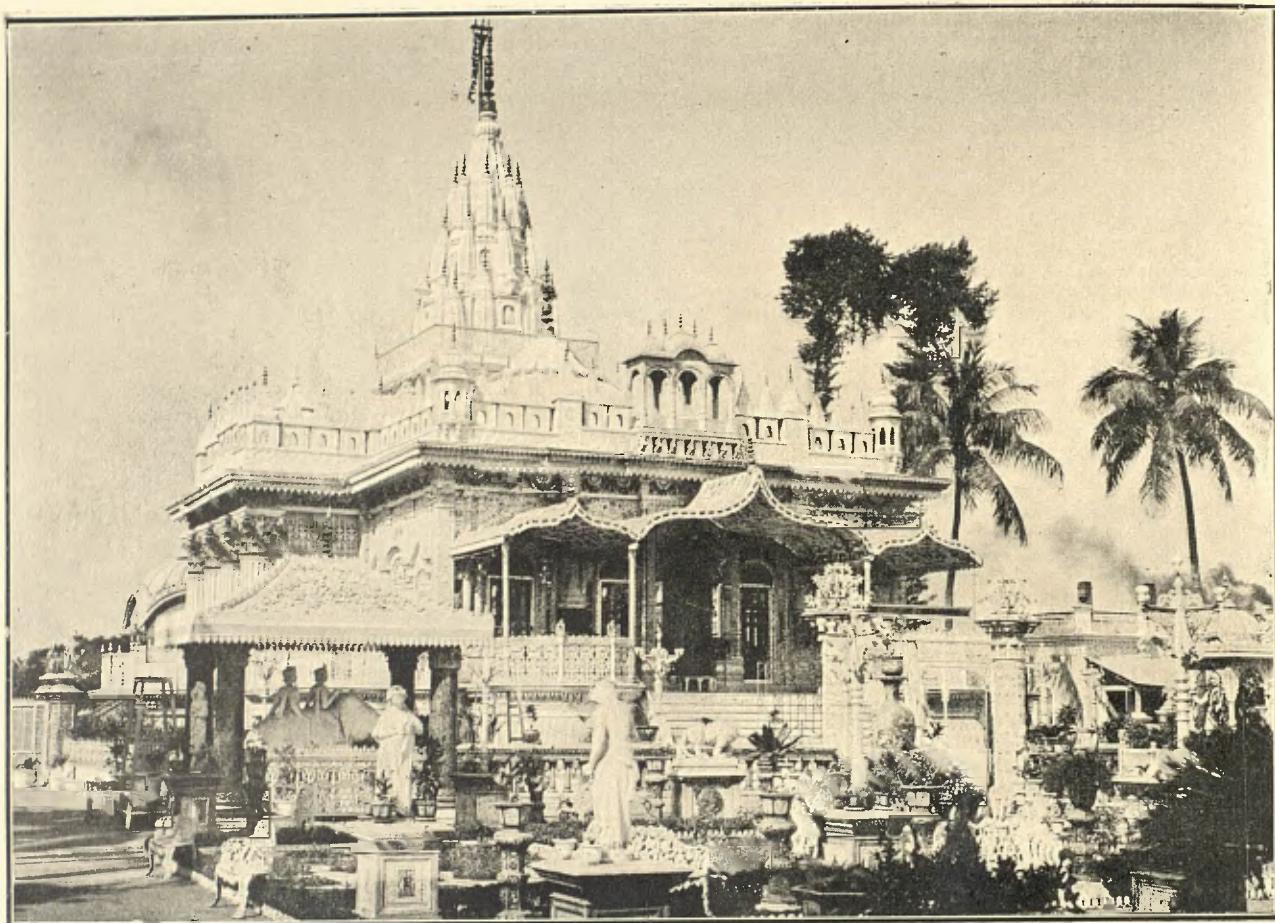
CARTA PRIMERA

De cómo el que escribe llegó á la India. — Un inglés, inspector de ferro-carriles. — La ciudad de Calcutta. — El virrey de paseo. — Indios bañándose en el río Hougly
Influencia social de los *bahúes*.

CALCUTTA, Enero 3 de 1899

Menuda sorpresa habrás de llevarte, mi caro Gildo, cuando entre el fárrago de tu correspondencia, mitad amorosa, mitad mercantil, te salte un día á los ojos esta carta, y veas y reconozcas mi letra. ¿Me creías muerto, verdad? Pues estoy vivo y sano, gracias á Alá (este Alá y Budha son ahora mis dioses), y bebiendo brandy á todo pasto, y paseando casi todas las tardes sobre los lomos de un elefante con unos colmillos que dan miedo... No se dieron el gusto los tagalos de acabar con este pobre *castila*, emborronador de cuartillas para la prensa. Me salvé — ¿era yo, por ventura, tonto? — de aquel horrible cautiverio. Y como, hallándome en la Oceanía, el Asia estaba más cerca que la Europa, al Asia me vine. Y hoy te escribo desde Calcutta, la capital de la provincia de Bengala y del Imperio Índico.

Me anticipo á tu curiosidad. ¿Qué cómo y por qué causas me encuentro aquí?... Muy sencillo... Logré escaparme á Hongkong. En aquella tierra, bajo la bandera de la Gran Bretaña, conociendo, como sabes que conozco, el idioma de Byron y de Shakeaspeare, me gané de mil modos la vida. Fuí practicante en un hospital. Llegó allí una tarde, por suerte mía, á visitar el establecimiento un sabio ingeniero inglés, Mr. Arthur, que estaba de paso en Hongkong, comisionado por el *Office de l'Inde*, de Londres, para inspeccionar los caminos de hierro de la Australia y de la India. Le hablé, le pinté con negros colores mi situación, le ofrecí mis servicios, y él, bondadoso en grado sumo, me admitió entre su gente, y desde entonces lo mismo le sirvo para ponerle en limpio un informe técnico que para cocer los enormes panes de harina de trigo con que se nutre el Heliogábalo del paquidermo en que hacemos nuestras excursiones. Con él, con este



En Calcutta. — Templo de moderna construcción

majestuoso, pero simpático, Mr. Arthur he atravesado, en vapores de la Mala real inglesa el mar de la China, el estrecho de Malaka y el golfo de Bengala. Con él pienso, si Alá no dispone otra cosa, llegar por la vía férrea hasta Agra, y ver el Tadj, la maravilla arquitectónica.

Entre tanto —no anticipemos los sucesos— algo te diré de Calcutta. Debo advertirte, sin embargo, que no es mi ánimo descubrirte la India inglesa ó la *British India*, como dice mi amo. Pero eso sí: las notas que te envíe, mis datos, mis descripciones serán, aunque fruto de plebeyo cacumen, de muy rigurosa actualidad. Las fotografías que te incluyo las he sacado yo con mi máquina, y las cosas que veas son de ahora, de este mismo instante en que vivimos. Desde Marco Polo hasta hoy, mucho se ha escrito sobre la India, pero todo es ya viejo, atrasado. Las narraciones de Told, Malcolm y el arzobispo Heber tienen ya más de ochenta años de fecha. Rousselet, viajero francés cuya obra fué vertida á varios idiomas, estuvo aquí en 1864. El viaje del príncipe de Gales, que es el más moderno, hízolo el *hercu* de la emperatriz en 1875. Mucho ha llovido desde entonces hasta el día de la fecha, que es el tres de Enero de 1899. Pon sobre tu conciencia la mano, y dime si puede haber, acerca del viejo Indostan, el *abuelo* de las civilizaciones, historia más fresca que la mía.

¡El Indostan! ¡El Ganges! ¡Golconda! ¡El Gran Mogol!... Estos mágicos nombres que, estudiando la historia antigua, hemos repetido tantas veces, aun despiertan ideas fantásticas, aun hacen pensar en magnificencias, en

luchas trágicas, en esfuerzos y triunfos del pensamiento humano... Pero llegas aquí, llegas embarcado por el Hougly, brazo del Ganges que baña á Calcutta, y lo primerito que ves, no es al rico y poderoso marajah de Puttiala que, cubierto de brillantes y perlas, atraviése el río en fantástica góndola, sino á un muy prosaico señor de afeitado rostro, con chistera y levita bien entallada y que se pasea en un vaporcillo semejante á las *Golondrinas* que van á la Barceloneta. Es el mismísimo Mr. V. Bruce, conde de Elgin, virrey y gobernador general del imperio Índico, que va acompañado de sus ayudantes de campo y de algunos individuos del consejo de administración.

El representante en la India de su graciosa Majestad desembarca cerca del *Strand*, en donde le espera el carruaje. El *Strand* es una pequeña alameda sin árboles, que costea la orilla del río. En este punto tiene el Hougly cerca de un kilómetro de anchura. Allí flotaban, hasta hace poco tiempo, á merced de las aves de rapiña, multitud de cadáveres de míseros indios cuyas familias no podían satisfacer los gastos de la cremación; pero el secretario de la Administración municipal, en obsequio á los que mueren sin una *peisa* (moneda de cuatro céntimos) dispuso con buen acuerdo que se estableciera en la ciudad una pira en donde se queman de balde los cadáveres de los *parias* (que *parias* son, aunque ya no se les llame así.)

Gracias á esta sabia disposición, puede hoy el virrey pasearse en coche tranquilamente por el *Strand* sin tener que presenciar espectáculos fúnebres. El *Strand* es, á la

hora de paseo, el punto de reunión de la colonia europea de Calcutta. Allí ostentan sus lujosos trenes los altos funcionarios ingleses, que tanto abundan en la India; allí se pavonean á caballo ó en coche los orgullosísimos *babúes* (nombre que se ha dado á la clase media de Bengala) enriquecidos en el comercio ó en posesión de un título de la Universidad (que aquí la hay, y buena) ó de un destino oficial ganado por oposición; allí, en fin, suele verse asimismo, tal vez que otra, á algun reyezuelo de los Estados indígenas feudatarios (que son más de seiscientos) que ha venido á saludar al virrey, al temido tutor que tan lindamente le saca los cuartos...

Pero si el caudaloso Hougly, al correr cerca del *Strand*, evoca tan lúgubres recuerdos, tiene, en cambio, hacia otros parajes, orillas alegres, deleitosas, llenas de color y de vida. El viajero europeo que viene á Calcutta no deja nunca, si es docil á su guía ó *cicerone*, de visitar las márgenes del Hougly á la hora en que los indios suelen tomar su baño. Los indios se bañan por aseo, por placer, cuando no por obedecer la ley religiosa, y lo hacen casi todos los días. Las márgenes del Hougly ofrecen un aspecto muy pintoresco y animado, sobre todo por las mañanas, pues se reúnen además de los bañistas, vendedores ambulantes, peluqueros, juglares, fakires, soldados ingleses, &c. Es un cuadro digno de la pluma de Amicis ó del pincel de nuestro Fortuny.

Al entrar en Calcutta, se ve elevarse de repente en la extremidad de una inmensa explanada una imponente línea de palacios; por todas partes se destacan columnas, cúpulas y campanarios; enormes buques llenan el puerto; la multitud se agolpa en los muelles; los coches y los palanquines se cruzan en todos sentidos, formando un vistoso conjunto, y todo, en una palabra, recuerda al viajero que se halla ante una de las mayores ciudades del mundo, capital de un imperio que cuenta doscientos millones de súbditos. La capital solamente, según el censo de 1891, que es el último que se ha hecho, tiene 810,786 almas.

Si penetramos en la ciudad, continua la ilusión; plazas dignas de París y Londres, con magníficos jardines y estanques, y calles en que abundan los lujosos almacenes y elegantes casas. Sin embargo, el viajero no tarda en perder de vista estas magnificencias; cruza por estrechas callejuelas; sórdidas chozas de paja sustituyen á los palacios. Son los suburbios en que habitan los pobres y en los que hoy se ceba la peste bubónica, que ya, por el pronto, os hemos enviado á Portugal.

Á excepción de algunos chinos y birmanes, y de los ingleses, por supuesto, los habitantes pertenecen casi todos á las razas del Norte de la Península. Hay aquí muchos hijos del Indostan, brahmanes y marvaris que ejercen, en especial, el comercio de la plata y de los tejidos de fabricación europea; pero la gran mayoría del pueblo, y sobre todo, la clase media, se compone de bengaleses.

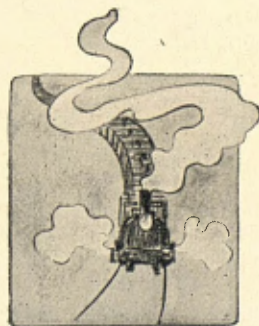
Esta clase media de Bengala, sucesora de la aristocracia nobiliaria, que ya no existe desde hace mucho tiempo, merece capítulo aparte. Los *babúes*, que así llaman aquí á los burgueses de la provincia de Bengala, vienen á ser unos oportunistas de marca. Enriquecidos en el comercio y la industria, que acaparan casi por completo y viviendo en contacto con la colonia europea, rinden culto al progreso y se ponen siempre á la cabeza de todo movimiento

de reforma. Han fundado multitud de colegios, dedicando sus hijos al estudio de las ciencias europeas. No contentos con consagrarse al estudio de la Medicina, el Derecho y las Artes prácticas, los jóvenes *babúes*, con asombro de los ingleses, se han presentado á oposiciones para solicitar plazas del gobierno, y han invadido las oficinas de correos y telégrafos, los caminos de hierro, los tribunales y la administración. Los ingleses, — á quienes nosotros, cuando aun era tiempo, debimos haber imitado — no excluyen de los puestos públicos al indígena. En el *Supreme Council* hay algunos indios. El virrey, el alto y poderoso conde de Elgin, tiene entre sus ayudantes de campo, dos oficiales *babúes*.

Pero donde más se señala la influencia social de los *babúes* es en materia religiosa. Testimonio vivo y perdurable de sus empeños en este sentido es el templo brahmánico que existe en esta ciudad, templo magnífico, asombroso, erigido hace unos treinta años y del que tengo el gusto de enviarte una fotografía que para ti he sacado expresamente. Es un templo consagrado al culto novísimo del *Brahma Sowaj*, reforma religiosa iniciada por Ram Mohum Roy, filósofo *babú*, y que viene á ser como un término medio entre el brahmanismo y el cristianismo. La nueva secta, secundada por el partido de la « Joven India », reconociendo una divinidad única, Brahma, (fuerza creadora) pero dejando al hombre en toda su independencia y haciendo depender la vida futura de sus actos y no de sus prácticas religiosas, ha realizado una obra que en todas partes y, sobre todo, en la supersticiosa India, es obra meritoria: la dignificación de la mujer. Las viudas indias, que hasta el otro día, es decir hasta el día, no remoto, en que los ingleses hubieron de prohibir tan cruel práctica, se veían obligadas á morir quemadas en la misma pira que consumía los restos de sus esposos, hoy les sobreviven y — lo que es más notable — se casan, si les viene en ganas y encuentran novio, en segundas nupcias. Era antes delito y, por supuesto, pecado, que la hembra honesta supiese leer y escribir, y únicamente tolerábase un cierto barniz de cultura á la cortesana de los bazares; hoy, merced á la propaganda de los *babúes*, la mujer india sabe gramática, lee el *Times*, y hasta hace versos.

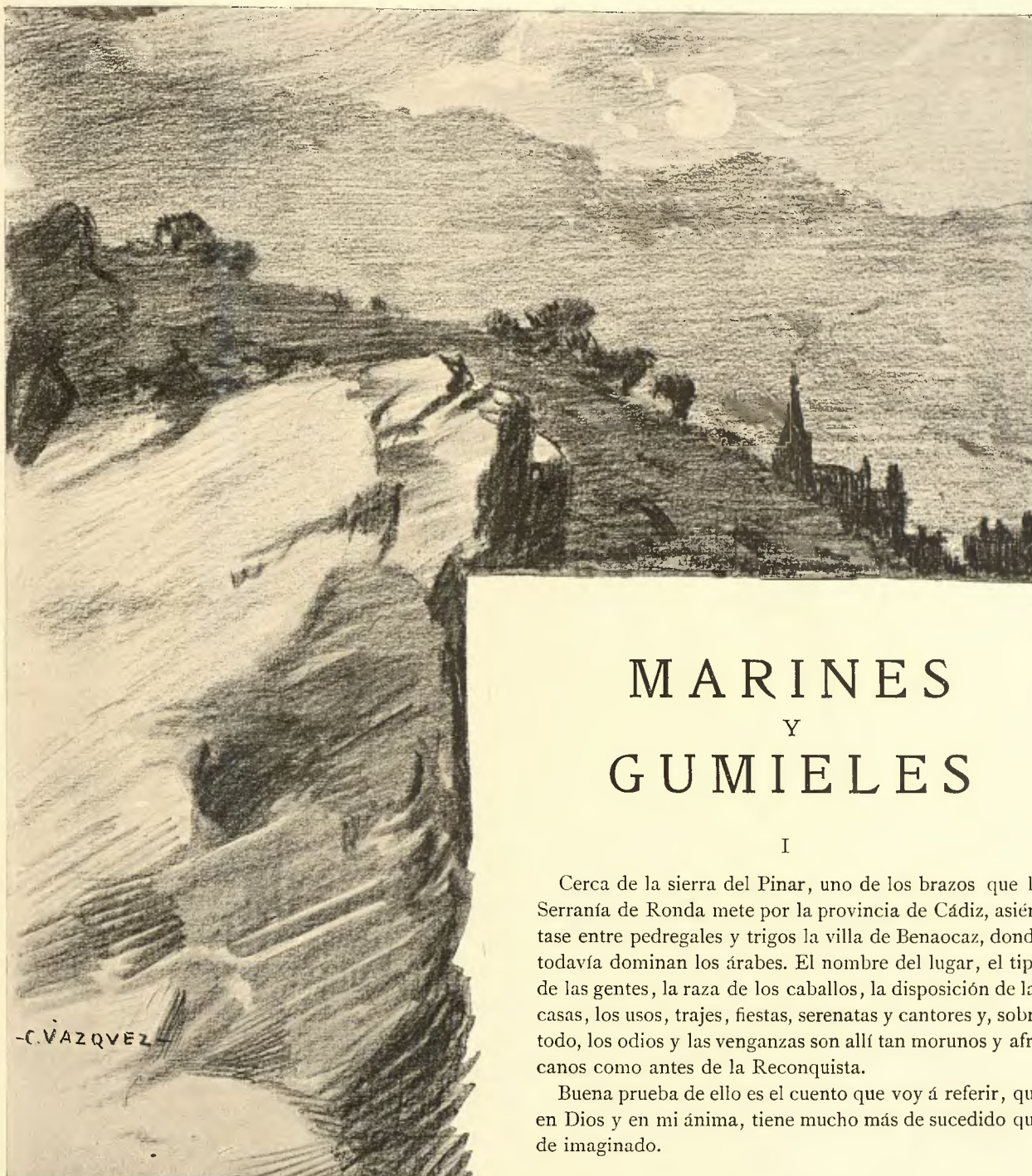
Mucho, mucho podría contarte, sino estuviese ya con el pie en el estribo del wagón, sobre la condición de la mujer en este país. Otra vez será. El tren me espera, el tren magnífico y confortable de la línea que une á Calcutta con Bombay. En la vetusta Benarés, donde quiero saludar al Ganges, el Matusalen de los ríos, volveré á escribirte, si es que allí no me asfixia el humo del *Mammenka Ghat*... Hasta pronto, pues, se despide, dándote estrechísimo abrazo, tu mejor amigo

LUIS





A. FILLOL.—LA SIEGA DEL ARROZ EN LA ALBUFERA DE VALENCIA. (A. FERRANDO, FOT.)



MARINES Y GUMIELES

I

Cerca de la sierra del Pinar, uno de los brazos que la Serranía de Ronda mete por la provincia de Cádiz, asiéntase entre pedregales y trigos la villa de Benaocaz, donde todavía dominan los árabes. El nombre del lugar, el tipo de las gentes, la raza de los caballos, la disposición de las casas, los usos, trajes, fiestas, serenatas y cantores y, sobre todo, los odios y las venganzas son allí tan morunos y africanos como antes de la Reconquista.

Buena prueba de ello es el cuento que voy á referir, que en Dios y en mi ánima, tiene mucho más de sucedido que de imaginado.

Los Gumieles y Marines de Benaocáz eran dos familias rivales, tan opuestas y enemigas que, junto á sus odios de raza eran miel y manteca, tortas y pan pintado y puro juego de niños los odios de los *Capuletti* y *Montechi* de Verona; de los Monroyes y Manzanas de Salamanca, de los Acuña y Sandoval de Toledo y tantos otros rencores de costas como registro de historia.

Eran los Gumieles de cepa hidalga y antigua, arraigada desde luengos siglos al riñón de la Sierra, aunque sus antagonistas los daban por moriscos descendientes de los Gomeles granadinos. Procedían los Marines de la costa malagueña y sus adversarios los diputaban redondamente por gitanos y aún les regalaban de añadidura algunas gotas de sangre judía.

El cómo empezó la enemistad y el cómo se fueron afiliando, poco á poco, todos los benaocaceños en el uno ó en el otro bando, hasta dividirse la villa entera en los dos opuestos y encarnizados de *gumieles* y *marines*, punto es que por árduo y nebuloso, abandono al acierto de más feliz ó pacienzudo cronista: básteme consignar que el torrente de aquellos enconos venía de lejos y arrastraba ya mucho fango y mucha sangre.

Desde antes de *la francesada* habíase mezclado en las calles de Benaocáz la de Marines y Gumieles, y desde entonces, no pasaba generación de una y de otra casa que no llorase un muerto ó un presidiario, según que se iban pagando unos á otros aquel irredimible tributo de venganzas.

Pero sin llegar á la navaja ó al trabuco, sin mencionar las cruentas luchas de ambos partidos — y hubo verdaderas



tos — á charlar, fumando y escupiendo por el colmillo, en la fuente, en el mercado, en las fiestas, donde quiera que se reuna gente, surgían y culebreaaban centellas del oculto rescoldo. Y, á deshora, de uno de los opuestos grupos, saltaba vibrante y encendida, la copla como chispa propagadora del fuego. La copla soez y villana de ralea, que acoceaba como pezuña de bestia, la copla aguda y maliciosa, que pinchaba y escocía como alfilerazo femenino; la copla roja y candente como el odio de raza que escaldaba chirriando la carne viva; la copla infame y bajuna que pedía sangre, como un salivazo en pleno rostro.

II

Al comenzar la acción de mi cuento, las dinastías de los Gumieles y Marines benaocacenses constaban de los respectivos matrimonios, de los cuales, el de Marin tenía tres hijos, los dos mayores hembras y el menor varón, y el de Gumiel de cuatro vástagos, dos de cada sexo.

batallas campales—el tiroteo, las escaramuzas y las hostilidades, más ó menos embozadas, no cesaban nunca entre ellos. Esgrimían unos contra otros el sarcasmo, la *guasa*—la provocadora guasa andaluza, aliada íntima de la navaja—y sobre todo el cantar, ese alado poema del pueblo que así puede ser flor de amores, endecha de desengaños ó lamentación religiosa, como arma arrojadiza de punta envenenada que abría en las carnes herida enconosa y mortal.

En *las cuatro esquinas*, donde los mozos, marsellés al hombro, se juntaban—siempre en dos grupos contrapues-

llamábanse los cónyuges Marin — que por ser primos llevaban el mismo apellido — Lucas y Juana, y sus retoños Natividad, Amparo y Andrés; y los esposos Gumiel, que eran también parientes, tenían por nombres, Martín y Catalina, siendo los de sus hijos, Fernando, Enrique, Isabel y Leonor, porque ya queda dicho que los Gumieles se picaban de ahidalgados y linajudos, y aunque labriegos, y tan pobres como el que más de sus convecinos, en algo habrían de poner y ostentar la heredada nobleza.

Hace tres años, cuando más encendida ardía la guerra de Cuba, tocóle á Fernando Gumiel la suerte de soldado.

Y apenas en casa de Marín se tuvo noticias de ello y de la inmensa pena, que como era justo, embargaba á los Gumieles, y singularmente á Martín y Catalina, fué tal y tan grande el bárbaro júbilo que poseyó á todos los de la familia y aun á los del bando entero, que acordaron con cruel refinamiento, celebrar la ajena desventura con una fiesta que dejara memoria en los fastos benaocacenses y que hiciera temblar de rabia á los Gumieles, que por fuerza tenían que oír y aun ver aquellas provocativas expansiones.

Porque las casas de Marines y Gumieles, situadas la una en la esquina derecha y la otra en la esquina izquierda de una calluja que cortaba la calle principal del pueblo, estaban fronterizas y soslayadas, como si se espasaran mirándose de reojo, ó como si se provocaran hurtando el cuerpo.

No se contentaron los Marines con la peligrosa cercanía, y aprovechando la benignidad de la noche, que era de las serenas de Mayo, sacaron á la calle sillas y taburetes, y allí, al aire libre y á la luz de la luna, agrupáronse todos, hicieron ruido y comenzó el fuerte rasguear de guitarras y bandurrias, el tronar de las palmas y el alto y primoroso gorjear de las gargantas más flamencas y poderosas del bando.

Nubes de polvo alzaban de la calle terriza las almidonadas faldas de las bailadoras y los duros zapatos de sus parejas, que herían á compás el suelo, marcando el ritmo de la voladora seguidilla ó del voluptuoso fandango, mientras que con varas ó regatos, con las manos ó con los pies, golpeaban furiosamente los jaleadores contra la madera ó los hierros de puertas y ventanas.

Aquello era una provocación en toda regla. Y no hay que decir cuanto y cuan justamente se enardecería ante ella la sangre, de suyo inflamable y vindicativa de los Gumieles. Apenas oyeron los preludios de la fiesta, cerraron á piedra y lodo la puerta y ventanas de la casuca; y como, poco á poco fuesen acudiendo al puesto de honor los bravos campeones y los fieles soldados del bando, pronto resonó en la casa el grito de guerra; y á punto estaban ya de caer en masa sobre sus adversarios y convertir en tragedia el agresivo jolgorio, cuando llegaron en buena hora, el alcalde—que lo era entonces el más pacífico de los Gumieles—y el bendito párroco D. Celestino Cordiales. Y mientras el primero contenía, casi á viva fuerza los ímpetus de los ofendidos, lograba el segundo merced á blandos ruegos, múltiples resortes y negociaciones habilísimas la retirada de los ofensores al interior de la casa de Marín, desde donde el estrépito de la fiesta no insultara tan directamente la pena, ni desafiara tan de cerca el enojo de sus antagonistas. Con lo cual se paró el gople y se conjuró, á lo menos por aquella noche, la tormenta. Pero el guante estaba arrojado, la ofensa quedaba en pie y los Gumieles aguardaban ansiosos la ocasión de vengarla con creces.

III

Presentóse esta cuando menos se la esperaba, pero llegó en mala sazón para los Gumieles. Porque, como providencial castigo á los Marines que tan inhumanamente se gozaron en el infortunio ajeno, tocóle á Andrés la misma suerte que á Fernando y aún fué en peores condiciones. Pertenece el mozo á la reserva del 93; pero corridos los tres

años,—entonces reglamentarios,—de soltería forzosa, sin que la patria le reclamase, creyóse libre, y confiando en que en último término compraría un sustituto, se casó. Y cuando iba á ver colmada su dicha con el hijo que Dios le enviaba, llamaron á las armas á su reserva; y como los gastos del casamiento, y los malos años, habían consumido los ahorros de la familia, no tuvo más remedio que cargar con el chopo y marcharse desesperado del pueblo, con el temor de que le enviasen á la guerra, donde ya estaba hacía un año Fernando Gumiel, de cuya desgracia tan malamente se holgaron él y los suyos.

Ocasión era aquella que ni mandada á hacer, para que los Gumieles se tomasen el desquite; es decir, así lo creían ellos; pero hacía dos meses que no les llegaban noticias de Fernando, y como las que venían de la guerra eran tan malas, no tuvieron humor de *juerga*—«*Arrierito semo y en el caminito nos encontraremos*,» ya, ya nos tocará la vez á nosotros,—decía en tono sentencioso el viejo Martín Gumiel, saboreando previa y fruitivamente la apetecida venganza.

IV

Dos meses tendría el niño de Andrés, nacido en su ausencia, cuando recibieron los Marines carta de Cuba, en que un sobrino del Señor Lucas, natural de Villamartín y soldado del mismo regimiento que su primo, participábales con brutal ingenuidad, «Como Andrés había sido muerto en una acción y como él mismo, con sus propias manos, ayudó á enterrarle en la manigua, recogiendo y guardando para los suyos las ropas y dineros del pobre difunto, que esté en gloria.»

Tan formidable fué el estallido de dolor que provocó en los padres, en las hermanas y en Marta, la viuda, el súbito rayo de su desgracia, que por sus gritos y alaridos desgarradores, supieron los Gumieles el trágico fin del pobre Andrés.

¡Y aquí de la crueldad humana! En aquella espantosa desventura que privaba á los míseros viejos de su único hijo, á las hermanas de apoyo y cariño, á la esposa de de todo bien, al inocente niño de su no conocido padre, no vieron los Gumieles otra cosa, sino la suspirada ocasión á su venganza. Y como poco antes hubiesen recibido noticias tranquilizadoras del ausente, libres de zozobra y sobrepujando cuantas crueldades había sugerido el rencor á entrambos partidos rivales, prepararon para aquella misma noche una fiesta que alborotase al pueblo, y envenenara con veneno de odio el llanto de los Marines.

V

Y no hallara tantos adictos ni tan entusiasta cooperación una buena obra. Hizóse entre los del bando colecta de sillas, acopio de tortas, aguardiente, piñonates, alfajores y masa frita; y desde media tarde comenzaron á emperifollarse mozas y mozos, á componerse y asearse los viejos; y los chicuelos de ambos sexos á trasegar sillas y bancos, bandejas de golosinas, salvillas de copas, y jarros de lo añejo á casa de los Gumieles.

Al dar *las oraciones* ya no se cabía en ella de pie; el portal, la sala, las alcobas, la cocina, y parte del *soberao* hervían de gente alegre, emperijilada y bullanguera, que

hacía temblar la débil construcción con sus bailes, carreras y pataleos y con sus voces, canciones, risotadas y relinchos.

Y como la algazara y barahunda crecían por momentos y tomaban proporciones de salvaje desquite, de ofensa y provocación mortal, fácil es colegir el efecto que en los Marines produciría. Pero tan grande era la pena del viejo Señor Lucas, que le apagaba los fuegos y todos sus bríos y rencores yacían anegados y como desleídos en llanto. No acontecía lo mismo á las hembras de la familia, las cuales, empezando por Juana, la madre, y por Marta, la viuda, se revolían furiosamente contra el sangriento festejo de sus rivales. Y como Natividad y Amparo, las hermanas de Andrés, soliviantaran á sus novios con quejas y exclamaciones, alzaron estos el banderín de enganche y pronto, dentro, y en torno á la casa de los Marines se sintió latir, zumbiar y crecer sordamente la sedición que amenazaba tomar muchos más formidables vuelos que la iniciada por los Gumieles en ocasión semejante.

Por eso, apenas concluyó el Rosario, — al cual no asistieron aquella tarde sino dos viejas y el monaguillo — el bueno de D. Celestino Cordiales, corriendo cuanto permitían sus setenta y cinco años, acudió al lugar de mayor peligro, la casa de los Marines.

Cuando llegó á ella, el estruendo de la fiesta de los Gumieles asordaba la calle, y Marta, la viuda, vestida de luto, desgredada y poseída de un acceso de dolor furioso, casi epiléptico, hallábase de pie en el portal de su casa y alzando en alto al pequeñuelo de Andrés, pedía venganza al cielo y á la tierra para los desalmados que se gozaban en tanta desventura.

— Razón tienes que te sobra, para dolerte de ello, hija mía — articuló el buen párroco, al entrar con sobrealiento y fatiga — pero... vamos á ver, pobre Marta, ¿no fueron ustedes los primeros en insultar con una fiesta la pena de los Gumieles, cuando á Fernando le tocó la suerte de soldado?

— ¿Pero es igual el caso, Padre Celestino? ¿No es preciso tener entrañas de fiera para alegrarse de una desgracia como la mía? ¿Mi pobre Andrés muerto por aquellos salvajes, yo viuda, mi hijo huérfano y sin amparo, y esos verdugos abofeteándonos la cara con su fiesta? ¿Los oye V. Padre? — Gritaba Marta cada vez más exaltada al paso que crecía, al estrépito — ¡Yo no puedo, no puedo oír esto, yo voy á volverme loca!

Murmillos de aprobación, duras protestas, voces de venganza acogían las quejas de la viuda, y entre tanto el piadoso anciano la hablaba con apostólico acento.

— Padre, Padre, líbrame V. de éste martirio, haga V. que se callen por la Virgen santísima! ¿Que se callen... ó no respondo de mí!

— Bueno, bueno, pobrecita, yo haré lo que quieras, yo te prometo en nombre de Dios lograr que se aplaquen esos locos... pero concede, concédeme tú, hija mía, que vosotros fuisteis los primeros en faltar gravemente á la caridad y en provocar la justicia del Señor, gozándoos en el mal del prójimo: dime que te arrepientes, que os arrepentís todos de ello, y yo te ofrezco alcanzar lo que desees.

Y apartándose á un rincón el sacerdote y la dolorida mujer, siguieron hablando en voz muy queda y como en tono y secreto de confesión.

V I

En casa de los Gumieles había llegado la fiesta al delirio, á la locura. Diríase que aquellas gentes trataban de cegar y de ensordecir á fuerza de libaciones, de movimientos y de ruido; que una vez lanzados al torbellino de aquella orgía de venganza, sentían el vértigo de la caída, el horror y el asco de su inhumano júbilo, pero no osaban retroceder por miedo al silencio y al reposo en que tan alto habla el remordimiento, y adivinando con más cierto instinto que la ciencia, cuanto estorba para el mal el albedrío, querían deshacerse de él y ahogarle en alcohol, como los que se emborrachan para cometer un crimen.

Por eso, cuando al abrirse de improviso la puerta, apareció la venerable y cristiana figura del P. Celestino, todos se estremecieron espantados, porque cada cual creyó tener delante á su propia conciencia.

— La paz de Dios sea en esta casa. — Dijo el Sacerdote; y al sonido de aquella voz todos se quedaron mudos, sobrecogidos y como petrificados; los guitarristas con





ahora mismo todos juntos no perdonais de corazón, á los que tuvisteis por enemigos!

— ¿Perdonan ellos? — Preguntó, entre conmovida y desconfiada, Catalina.

— ¡ Si perdonan! — contestó solemnemente el sacerdote, y volviéndose con el vacilante andar de su vejez, hacia la puerta abríola despacio y apareció en ella, destacándose sobre

los dedos en los trastos, los cantadores con la boca abierta y las notas ahogadas en la garganta, los jaleadores con las palmas en el aire, los mirones con los brazos caídos, todos con los ojos en el suelo.

— Hijos míos — pronunció con evangélica unción el Sacerdote — un hermano muerto, un hijo de este pueblo, un español, un valiente... acaba de dar su sangre por la patria! Dejó unos padres viejos, una viuda desvalida, un niño á quien no conoció, sumidos en el desamparo y en la desolación. Y cuando vuestros paisanos, vuestros vecinos, vuestros hermanos lloran sin consuelo ¿es justo, es caritativo, es humano siquiera, que en una casa cristiana se insulte con fiestas provocativas la desgracia y el dolor?

¿ No es esto más propio de fieras que de hombres!

Silencio profundo y solemne acogió la voz del Padre; pero de pronto, osó romperlo una voz femenil, la de Catalina Gumiel, que preguntó vibrante de ira:

— Padre, y cuando á mi hijo le tocó la suerte de soldado, y cuando todos llorábamos en esta casa, viéndole, con razón, camino de la guerra... que hicieron los Marines? ¿ Quién nos dió pie? ¿ Quién ofendió primero?

— ¡ Eso, eso! Gritaron muchas voces, y los Gumieles comenzaron á aletear y á envalentonarse.

— Cierto es eso, hija, — declaró con firmeza el Padre — ¿pero, por ventura, una culpa puede justificar otra mayor? ¿acaso nos manda Dios devolver mal por mal y ofensa por ofensa? ¿ Creis vosotros que para ser cristianos basta con estar bautizados? No, cristiano es el que ama al prójimo como así mismo; pero el que le odia, el que se duele de su bien ó se goza en su desgracia, ese no es cristiano, ese reniega del santo nombre de Cristo ¡Y yo que os eché á todos, amados míos, el agua del bautismo en las sagradas fiestas, yo... — y la voz se le mojaba en lágrimas — yo no os tendré por cristianos, ni por hijos en el Señor, si

la calle bañada en luna, la tétrica y enlutada figura de Marta, con su niño dormido en los brazos.

— ¿ No es verdad, hija mía — preguntóle el cura, atrayéndola por la mano hasta obligarla á traspasar aquel umbral aborrecido — no es verdad, mi pobre Marta, que tú y todos los tuyos, perdonais de corazón á los presentes, para que Dios os perdone?

Todas las miradas se volvieron á Marta, cuya dolorida cabeza se dobló lentamente en señal de asentimiento.

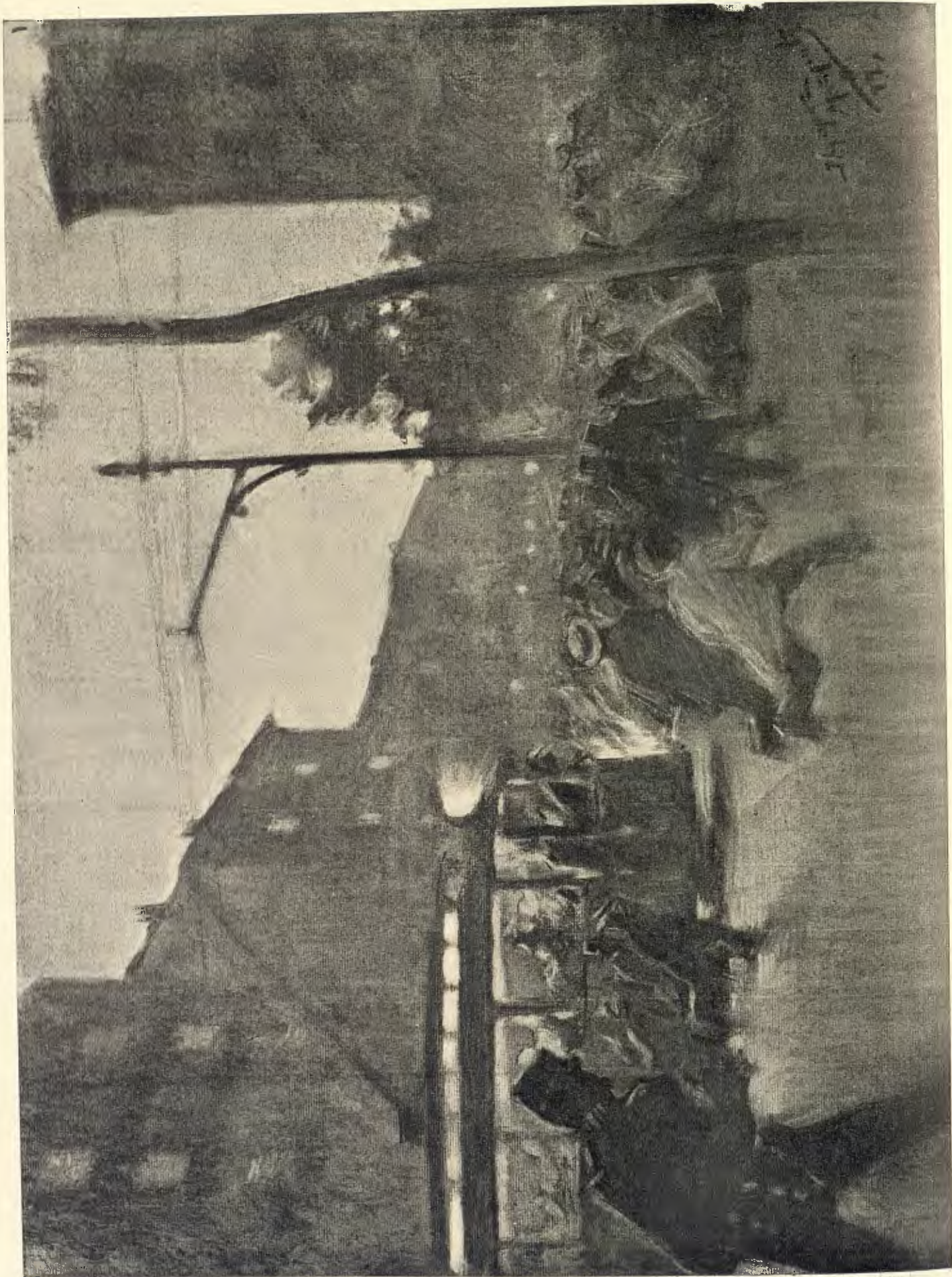
— ¿ No es cierto, hija mía, — interrogó de nuevo el paternal anciano — que tú y todos los Marines, en cuyo nombre has venido, piden sinceramente perdón á todos los Gumieles presentes por la ofensa que les hicieron con aquella inoportuna fiesta, que desde hoy no volverá á recordarse?

La cabeza de Marta doblóse otra vez humildemente, y aquí sus nervios contraídos, su pena represada, su orgullo quebrantado, la grandeza de su propio sacrificio, la solemnidad de aquel acto, todo determinó en ella una violenta crisis de llanto. un estallido de dolor que despertó, en su regazo al niño y conmovió hasta el fondo de las entrañas á sus propios enemigos.

Entonces, el P. Celestino, señalando con la mano á la dolorida madre y á la inocente criatura, gritó á los amasados Gumieles: ¡ De rodillas! — Y cuando todos estuvieron postrados, cuando en el dramático silencio se oían sollozos de mujer y agitadas respiraciones varoniles, el ministro de Dios, rogó piadosamente — ¡ Hermanos míos, hijos míos en el Señor, un Padre-Nuestro, por el alma del padre de este pobrecito niño!

BLANCA DE LOS RÍOS DE LAMPÉREZ

Ilustraciones de C. VÁZQUEZ



DISTURBIOS CALLEJEROS, POR MEZQUITA

ORIGEN DE LA MARCHA REAL

Diálogo entre el Rey de Prusia Federico II y el capitán general español
Conde de Aranda

EL CONDE DE ARANDA. — Señor, tengo el honor de besar las reales manos de V. M.

EL REY. — Siempre que veo un general español tengo el mayor placer; pero vuestra presencia y las noticias que de vos tengo por un amigo vuestro, que también lo es mío (*), me lo inspiran ahora mayor que otras veces.

EL CONDE. — Señor, sólo por recibir una honra semejante á la que V. M. acaba de dispensarme, daría por bien empleado, prescindiendo de su objeto, mi viaje á Prusia.

EL REY. — Pues ¿qué objeto os conduce á mis Estados?

EL CONDE. — Contando con el beneplácito de V. M. y con su conocida afición á la propagación de las ciencias, he venido á estudiar la táctica.

EL REY. — ¿Qué táctica?

EL CONDE. — La inventada por V. M., con la que está siendo el terror de sus enemigos y la admiración de Europa.

EL REY. — Y ¿para eso habéis venido á Prusia, general?

EL CONDE. — Primero he querido pagar personalmente el tributo de mi admiración, y después, como digo, estudiar la nueva táctica.

EL REY. — En cuanto á lo primero, os agradezco vuestra consideración hacia mí; pero, en cuanto á lo segundo, siento que hayáis perdido el tiempo y el viaje.

EL CONDE (*sorprendido*). — Señor...

EL REY. — Lo digo porque aquí no tenéis nada nuevo que aprender.

EL CONDE. — El genio privilegiado de V. M., conociendo el efecto de las armas de fuego de que ya toda la infantería está dotada, ha ideado, no sólo disminuir el fondo de las tropas hasta el punto de causar asombro á todos los militares de Europa, sino combinar las formaciones de modo que, pasando aquéllas con tanta celeridad como seguridad del orden extenso al profundo y viceversa, puedan efectuar con utilidad y sin peligro las marchas de frente, y sobre todo las de flanco, que tan admirablemente ha dirigido y realizado V. M., consiguiendo con ellas una y otra victoria.

EL REY. — Convenido. Todo lo que decís está ya sujeto á principios, y, ejecutado por uno, pueden ejecutarlo todos los no obcecados por el sistema antiguo. Pero repito que nada de esto debe ser nuevo para vos.

EL CONDE. — Tengo, señor, un verdadero pesar al manifestar á V. M. que no acierto á comprender lo que se digna indicarme.

EL REY. — Quiero decir que ese invento que atribuí á mi genio privilegiado lo he aprendido... en España

EL CONDE. — No puedo, por más que me esfuerzo, comprender...

EL REY. — ¿Por qué? ¿Por no haber estado yo nunca en España?

EL CONDE. — Precisamente.

EL REY. — Pues es igual, porque, si no he estado en España, lo he aprendido en un libro español.

EL CONDE. — ¡En un libro español!

EL REY. — Sí. ¿Conocéis la obra titulada *Consideraciones militares*, escrita por el Vizconde de Puerto, Marqués de Santa Cruz de Marcenado?

EL CONDE (*mordiéndose los labios, pero con su natural desahogo*). — Señor, mis muchas ocupaciones militares y políticas dentro y fuera de España, me obligan á aplicar los principios adquiridos en mi primera educación militar con las modificaciones que la experiencia me dicta, sin poder, por falta de tiempo, dedicarme á la lectura de libros nuevos.

EL REY. — Pues todo mi sistema militar, todos los principios de mi nueva táctica, todas las órdenes de marcha que tanto admiráis, los he aprendido en la expresada obra del distinguido general paisano vuestro.

EL CONDE. — Señor, son tantas las teorías, proyectos y opiniones que salen diariamente á luz, que sólo pueden los hombres desocupados dedicarse á su examen, estéril éste por lo común; y sólo cuando la experiencia acredita la bondad de algún pensamiento es cuando...

EL REY. — Pues bien, por mi parte os he dicho todo cuanto pudierais desear, poniéndoos al corriente de mi secreto. Por lo demás, daré orden para que se os faciliten cuantos detalles pidáis con respecto á la ejecución.

EL CONDE. — No acierto, señor, á expresar mi gratitud por tanta bondad.

EL REY. — Justo es que yo devuelva á España algo de lo mucho que de ella he tomado. Pero, como sé que tenéis afición á la táctica y felices disposiciones para utilizaros de ella, os aconsejo que no os engolféis en los detalles y meditéis los grandes principios contenidos en el libro original.

EL CONDE. — Señor...

EL REY. — Ya veis si tenía yo razón al deciros que habíais perdido el tiempo y el viaje viniendo á Prusia á estudiar la táctica de España.

EL CONDE. — Cuando menos, señor, he tenido la dicha y la honra de...

EL REY. — Gracias, general; y, para que no sea enteramente perdido vuestro viaje y llevéis á vuestro soberano un recuerdo mío, tomad esa marcha militar que tenía destinada para honor de mi persona.

EL CONDE. — Señor, con mucho gusto la entregaré al rey mi señor, en nombre de V. M., el día en que llegue á sus reales pies á darle cuenta de mi comisión.

En efecto, presentada la marcha á Carlos III y ensada por los profesores á quienes se dió este encargo, con ligeras modificaciones en algunos compases, mereció tal aprobación del rey, que fué declarada como marcha de honor española (**), y es la magnífica que conocemos con el nombre de *Marcha real*.

(**) «Excmo. Sr. — El rey quiere que la marcha que algunos designan con el nombre de marcha prusiana sustituya á la marcha regular de las ordenanzas en cuanto á los honores que se tributan á S. M. la Reina, príncipe y princesa de Asturias y que en lo sucesivo se use solo de ella en los casos expresados. — De orden de S. M. lo digo á V. E. para su conocimiento. — Dios guarde á V. E. muchos años. — San Ildefonso 3 de Septiembre de 1770. — Juan Gregorio Muniain. — Señor conde de Priego.»

(*) Voltaire.

PLAFÓN DECORATIVO



40 piezas azulejos cartón piedra, en colores y relieve. Tamaño natural: 1m X 1'60